

DESARROLLO Y ESTILO DE DESARROLLO*

Oswaldo MARTÍNEZ**

RESUMEN: Este trabajo, presentado como ponencia al Seminario de Teoría del Desarrollo del Instituto de Investigaciones Económicas ofrece una visión panorámica de los más sobresalientes resultados económicos y sociales que ha significado para América Latina el dominio del sistema capitalista.

A propósito de ello, analiza el concepto estilos de desarrollo, que con cierta frecuencia aparece utilizado en publicaciones de la CEPAL, reflexionando acerca de su significado y alcance con relación a los conceptos de formación económico-social y modo de producción, así como de las posibilidades del sistema capitalista para admitir estilos de desarrollo que nieguen las bases mismas del sistema.

Seguramente constituye un lugar común decir que América Latina sufre una severa crisis. No se trata simplemente de la crisis cíclica que, generándose en los países capitalistas desarrollados, arrastró en su caída a los países latinoamericanos dependientes entre 1974-1976, de la cual aún no se ha salido cabalmente y que algunos pronósticos para 1981 anuncian su repetición, ni tampoco solamente de una crisis política expresada, entre otras cosas, por el hundimiento de la democracia burguesa y el brote de regímenes fascistoides.

La crisis aludida se refiere a todo el sistema socioeconómico y po-

* Ponencia presentada en el ciclo "Capitalismo e Imperialismo en América Latina", sección El Caribe, realizado por el Seminario de Teoría del Desarrollo del IIEC-UNAM, el 15 de agosto de 1980.

** Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, La Habana, Cuba.

lítico predominante en el área, y tiene carácter general y significado múltiple. Es la crisis del sistema capitalista en América Latina que, con sus especificidades imposibles de soslayar, se inscribe en el proceso de crisis general del capitalismo iniciado en 1917 y se acelera con la crisis cíclica hoy en lenta e incierta recuperación.

Esa crisis del sistema en América Latina significa no sólo que el capitalismo ha sido incapaz de proveer el desarrollo de los países latinoamericanos en cualquiera de las concepciones que sobre el desarrollo se tenga, incluida la muy ambigua del llamado «semidesarrollo», sino que resulta ya evidente su incapacidad para lograr un curso de acción y unos resultados esencialmente diferentes a los registrados hasta ahora.

Caracterizar esta crisis del capitalismo en América Latina como proceso que aportando su rica variedad y especificidad se encuentra integrado en la crisis general del sistema puede parecer obvio, pero reviste importancia de hecho básico para hacer algunos apuntes que servirían como posibles puntos a profundizar en el debate. Esa crisis general que no es sólo económica, sino política, social e ideológica, corresponde a la fase imperialista del sistema y se profundiza y agrava por la acción de la crisis cíclica en las condiciones latinoamericanas de dominación y dependencia, entendiendo la dependencia como fenómeno integrado en la lógica de las relaciones entre países imperialistas y países subdesarrollados y no como hecho en sí mismo, independiente. Se produce también cuando el capitalismo monopolista de Estado domina en los países capitalistas desarrollados y se implanta con creciente fuerza en la región.

El desarrollo de América Latina ha sido el centro —y seguramente seguirá siéndolo— de enriquecedores debates y reflexiones que permiten a los latinoamericanos contar con un inventario de elaboración intelectual superior al de sus «compañeros en el subdesarrollo», asiáticos y africanos. Por tanto, sería una vana pretensión intentar —en el breve marco de una ponencia— expresar siquiera sean comentarios a esa rica corriente de pensamiento. Pero tampoco es posible decir sólo que el capitalismo se encuentra en crisis general y también, por ende, en América Latina y que ello se agrava porque sus países son atrasados, subdesarrollados, dependientes y padecen los rigores de la peculiar crisis cíclica de los últimos años.

Algunas explicaciones dadas a la crisis que afecta a Latinoamérica sugieren que ella se debe al desgaste o caducidad de un cierto «modelo de acumulación». Más recientemente se afirma que la crisis tiene su causa en un «estilo de desarrollo» que originándose en los «centros» ha sido reproducido imitativamente en la periferia. Este

estilo de desarrollo sería el culpable de la crisis que atraviesan los centros, de la cual la crisis en América Latina sería su reflejo en condiciones de mayor vulnerabilidad e indefensión.

Estas explicaciones sugieren la necesidad de plantear el problema de la crisis del capitalismo en América Latina en los términos que lo hace Alonso Aguilar¹ y reflexionar en torno a si la evolución real que el sistema capitalista ha experimentado en la región se debe a la lógica interna y coherente del sistema que no admite estilo o modelos que no se subordinen a sus leyes fundamentales, o si se debe a un simple estilo de desarrollo de carácter mudable y cambiante como estilo al fin.

Surgen varias interrogantes al llegar a este punto. Tal vez una de las más oportunas sea la necesidad de aclarar si el estilo de desarrollo es un concepto que se pretende instalar por encima de las formaciones económico-sociales existentes, con una variada composición de ingredientes entre los que resaltan el tecnologismo y las preocupaciones ambientales. Otra sería si el sistema capitalista puede adoptar estilos diferentes o, en otra palabra, cambiar de estilo sin quebrantar sus propios fundamentos como sistema, permitiendo y promoviendo un desarrollo viable en que se respeten los derechos humanos, no se envenene y esquilme el medio ambiente y los humanos puedan satisfacer sus necesidades básicas y librarse de la «pobreza absoluta».

Es conveniente, entonces, recordar los rasgos generales que a modo de balance pueden extraerse de la evolución capitalista de América Latina, región que ha asistido en condición de pariente pobre a todas las etapas recorridas por el sistema, desde sus balbuceos mercantilistas hasta la senectud monopolista trasnacional, pasando por las ilusiones de la etapa liberal y las convulsiones de cada crisis cíclica.

La evolución capitalista latinoamericana

Para intentar exponer algunos resultados sobresalientes que vayan más allá de las simples afirmaciones de que la región es subdesarrollada y dependiente en contraste con la opulencia y el despilfarro de las sociedades capitalistas desarrolladas, es necesario tomar resultados medibles y mejor aún si se trata de fuentes que por oficiales

¹ A. Aguilar, *La crisis del capitalismo*. Ed. Nuestro Tiempo, México, 1978, y «La crisis del capitalismo en América Latina», en revista *Estrategia*, núm. 33, pp. 47-69.

no serían sospechosas de cargar la mano en los tintes sombríos, sino más bien lo contrario.

La publicación por la CEPAL de su trabajo *América Latina en el umbral de los años '80* ofrece los elementos de información mínimos para lo que se pretende. Del conjunto de informaciones económicas y sociales allí contenidas, se puede concluir que la evolución capitalista latinoamericana presenta en lo socioeconómico como rasgos sobresalientes los siguientes:

- Crecimiento económico sin desarrollo.
- Crecimiento económico inestable.
- Crecimiento económico desigual.
- Crecimiento económico dependiente.
- Efectos sociales del crecimiento caracterizados por la profundización de las diferencias entre privilegiados y desposeídos (distribución del ingreso), incapacidad para proveer empleo y servicios sociales básicos y permanente presencia de la llamada pobreza absoluta.

Ninguno de estos rasgos constituye un descubrimiento. Todos han sido señalados muchas veces y no se trata de repetir lo ampliamente conocido, sino de observar cómo ellos son ya no simplemente rasgos que caracterizan o ilustran una situación, sino resultados lógicos del funcionamiento de un sistema, balance de su actuación como modo de producción predominante durante una dilatada etapa histórica.

Crecimiento económico sin desarrollo

Casi cualquiera que sea la perspectiva teórica desde la que se enfoque, tal vez con la estólida excepción de la escuela de Chicago, existe consenso acerca de que se ha registrado un crecimiento económico sin desarrollo, e incluso para muchos ese crecimiento no ha representado un acercamiento al desarrollo, sino su bloqueo, su «anti-desarrollo».

Descartando las variantes fascistoides que como excrescencias históricas hoy se practican en algunos países, el ancho espectro de las concepciones sobre el desarrollo ha visto fracasar varias de ellas. Sin ánimo de agotarlas pudieran nombrarse la concepción emanada de la tradición de pensamiento económico burgués liberal, la concepción cepalina y la contenida en la fallecida Alianza para el Progreso.

Como es sabido, la economía clásica liberal tiene como trasfondo

general la convicción de que el sistema capitalista implica la consecución de un óptimo económico nacional y su extensión subsiguiente, de manera que también universalmente el sistema tendía al logro del óptimo. Para alcanzar este óptimo sólo era necesario cumplir los preceptos que esa economía postulaba, en los cuales la conducta del país en cuanto a especialización productiva y normas de comercio internacional estaban perfectamente definidos y debían conducir automáticamente al logro del óptimo nacional dentro de un conjunto universalmente optimizado. Se postulaba que el desarrollo económico sería una especie de lógico subproducto de la acción libre de los principios que debían regir la especialización y el comercio internacionales, en tanto las relaciones capitalistas dominaban la economía interna.

Pero los automatismos desarrollantes no funcionaron, el «*laissez faire*» se convirtió en capitalismo monopolista de Estado, la ideal ganancia para todos del teorema ricardiano devino intercambio desigual, el óptimo desarrollo hoy tiene su antítesis en el vasto universo de atraso del llamado Tercer Mundo y el desarrollo, como irradiación desde los países capitalistas desarrollados, se plasmó sólo como succión de riqueza por éstos.

La concepción cepalina, recientemente objeto de un interesante análisis evaluativo² surge, entre otras cosas, como un intento de adaptar el pensamiento keynesiano y el llamado neoclásico a las realidades de un área subdesarrollada y dentro de las limitaciones impuestas por la condición de órgano de las Naciones Unidas.

Sin olvidar los aportes que ha hecho la CEPAL a la interpretación del desarrollo económico latinoamericano, y sin pretender incursionar por la inacabable discusión acerca de las virtudes y defectos de la sustitución de importaciones y el desarrollo hacia afuera y hacia adentro, con su Estado tutelar y racionalizador, puede decirse que el desarrollo deseado, incluso en los términos cepalinos, no se ha producido.

Para Octavio Rodríguez las razones que de modo fundamental limitan el calado del pensamiento cepalino serían su carácter estructuralista —que también es responsable de sus rasgos de originalidad— el cual permite destacar la esfera de producción de bienes y servicios, pero impide examinar a fondo las relaciones sociales que están en la base del proceso de industrialización de la periferia y de las transformaciones estructurales que trae consigo, y lo que califica como carácter ideológico de ese pensamiento:

² Octavio Rodríguez, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*. Ed. Siglo XXI, México, 1980.

Pero más allá de esta apariencia de neutralidad, el proyecto que subyace en dicho pensamiento revela su carácter ideológico, al hacer visibles sus vínculos con los puntos de vista e intereses de determinados grupos y clases sociales.

El proyecto mencionado —así como el pensamiento en estudio que lo contiene— otorga alta prioridad a los intereses de la burguesía industrial nacional, y por lo tanto resulta compatible y convergente con los mismos. Posee además un cuño policlasista, pues pretende resguardar los intereses de las capas medias, los sectores obreros, y en general los vastos grupos desposeídos, a base de la absorción económica e integración social que supuestamente van logrando con la industrialización deliberada.

El Estado se concibe como una entidad externa al sistema socioeconómico, capaz de aprehenderlo de forma consciente y de imprimirle una racionalidad que por sí solo no posee. Una segunda admisión genérica complementa este modo de ver el Estado: bajo su tutela es factible lograr el afianzamiento y la fluida expansión de relaciones sociales capitalistas en las áreas que se ha dado en llamar periféricas o subdesarrolladas.

Y finalmente:

[...] ponen de manifiesto que dicho pensamiento postula ideológicamente la reproducción de relaciones capitalistas de producción en las formaciones sociales definidas como periféricas; y que lo hace sin reconocer la existencia de una relación básica de explotación entre capital y trabajo, ni el carácter antagonico que la misma imprime al conjunto de relaciones sociales.³

En años más recientes la CEPAL ha enfatizado que el crecimiento económico puede desembocar en un callejón sin salida si no va acompañado de efectos sociales significativos. Esta preocupación por los aspectos sociales que se expresa en forma de exhortaciones a “mejorar la irradiación social del crecimiento” produce la impresión de que sería necesario introducir una corrección al desvío sufrido por un crecimiento que no siendo totalmente satisfactorio, pero bastante importante cuantitativamente, puede ser guiado hacia el buen camino mediante políticas de signo contrario a lo anteriormente hecho, esto es, redistribuyendo el ingreso en favor de los marginados, mejorando

³ *Ibid.*, pp. 11 y 12.

sustancialmente los servicios sociales, eliminando la pobreza absoluta, etcétera.

De esta forma, los aspectos sociales del desarrollo serían un agregado *a posteriori* que se haría realidad sólo después de haber alcanzado un crecimiento importante. Pero, ¿es lógico pensar que después de consolidado el crecimiento elitista que tan agradable resulta para el “decil superior de la escala de ingresos”, esto es, para la oligarquía que ocupa posiciones dominantes en el Estado, el proceso puede virarse como un guante y tornarse participacionista, democrático y popular? Y, ¿quién sería el agente encargado de ejecutar ese vuelco histórico? ¿Acaso el Estado tutelar y racionalizador bajo cuya cobertura se plasmó el crecimiento elitista y que alinea con fuerza creciente en su interior intereses monopolistas transnacionales con disfraz de «desarrollo hacia adentro»?

Por su parte, la Alianza para el Progreso, cadáver todavía pendiente de disección, representó quizás el más significativo intento a escala latinoamericana —a partir de su concepción como antídoto frente a la Revolución Cubana— de hacer funcionar una estrategia de desarrollo teniendo como base conceptual el no antagonismo, la complementariedad, los intereses mutuos entre países imperialistas y subdesarrollados.

Esta línea tiene como postulado que todos los problemas se deben a desajustes o políticas desacertadas por ambas partes, pero el hecho básico consiste en la convergencia y complementariedad, en condición de socios, en la empresa del desarrollo. El exponente más reciente y sofisticado de esta línea parece ser el llamado Informe Brandt que presenta como interesante matiz la preponderancia de enfoques europeo-occidentales acerca de la temática del nuevo orden económico internacional. Sobre esta temática y su posible realización dentro del dominio del sistema capitalista se pronunció el Coloquio Latinoamericano sobre el Nuevo Orden Económico Intenacional celebrado en La Habana al expresar en su informe final:

Tales consideraciones adquirieron particular relevancia habida cuenta que los participantes tendieron a expresar su profunda convicción de que una concepción perspectiva correcta del nuevo orden económico internacional —como problemática que afecta los más altos intereses del presente y el futuro de la Humanidad— trasciende los marcos de un conjunto de demandas económicas reivindicativas y se proyecta en términos que implican visiones políticas del más largo alcance histórico. En opinión de la mayoría de los participantes, la genuina indepen-

cia y el verdadero progreso de los países del Tercer Mundo no es posible dentro de los marcos del capitalismo.⁴

Crecimiento económico inestable

Aceptando como un indicador expresivo el crecimiento del producto a nivel latinoamericano (lo que oculta grandes diferencias entre países mayores y menores, entre rápido y lento crecimiento, etcétera), es obvio que la inestabilidad y, aún más, la incertidumbre en el futuro dominan el decenio de los 70. Después de tasas relativamente altas de crecimiento hasta 1973 se produce una fuerte caída en 1974-75 para iniciar en 1976 una recuperación lenta, vacilante, de la cual todavía no se sale y que ciertos pronósticos para 1981 auguran su paso hacia una nueva caída. Dos elementos, al menos, dan qué pensar acerca de la fragilidad de esta recuperación: ella se está financiando por medio de un impresionante endeudamiento y los principales instrumentos de política anticíclica son de naturaleza inflacionaria, pero “[...] las devaluaciones no elevan grandemente la exportación ni mejoran la capacidad competitiva, sobre todo cuando la productividad es muy baja y la inflación se encarga de encarecer de inmediato lo que las devaluaciones intentaban abaratar”.⁵

La inestabilidad en la evolución económica de la región es presentada a veces, al considerar el periodo de la última postguerra, como consistente en dos momentos: una larga etapa de crecimiento dinámico y sostenido hasta 1973 y una interrupción o interregno de inestabilidad a partir de entonces y que se debe esencialmente a la crisis de la economía norteamericana y en menor medida a las de Japón y los países de la CEE. Pero, mirando más de cerca el curso histórico real, las tendencias de precios de productos claves y otros factores que es imposible abarcar ahora marcaron la esencial inestabilidad a nivel nacional no sólo en los últimos decenios, sino a lo largo de todo el siglo y, aún más, de una evolución económica que adquiere cierta discutible estabilidad sólo por medio de la compensación que en los grandes agregados regionales introducen las oscilaciones nacionales.

Por otra parte, tal vez haya más estabilidad en el semiestancamiento que en el crecimiento, como es el caso del sector agropecuario que

⁴ Informe final del Coloquio Latinoamericano sobre el NOEI organizado por la Universidad de Naciones Unidas y el Centro de Investigaciones de la Economía Mundial. La Habana, junio 2-6, 1980.

⁵ A. Aguilar, “La crisis...”, art. cit.

tradicionalmente marcha muy a la zaga de otros sectores y que recientemente sufre la irrupción deformante del *agro-business* transnacional. Este sector ni es capaz de alimentar a la población ni tampoco apoyar a la industrialización en la dimensión necesaria.

Crecimiento económico desigual

La desigualdad y, aún más, el ahondamiento de las desigualdades han sido características de la evolución económica latinoamericana. Ellas se refieren tanto a la desigualdad entre países como entre sectores dentro de un país, entre ramas de un mismo sector o a la participación de las diferentes clases en la distribución del ingreso...

Todos sabemos que al hablar de crecimiento del producto, de las exportaciones, de la producción manufacturera y otros, las cifras a nivel latinoamericano encubren enormes diferencias entre países como Argentina, Brasil y México, y Centroamérica, el Caribe, Paraguay, Bolivia. Esas diferencias son hoy mayores de lo que eran algunos decenios atrás.

Tres países de la región —Argentina, Brasil y México— que son los de mayor tamaño de mercado, con grandes conglomerados urbanos y que han logrado los niveles relativamente más altos de industrialización, aportan cerca del 78% del producto industrial de América Latina. Esta alta ponderación muestra que las tendencias señaladas para el total de la región fueron básicamente determinadas por lo ocurrido en estos tres países.⁶

Otros hechos factuales que no descubren algo original, pero que conviene no olvidar, son que en los años '70, sólo nueve países se aproximaron a la meta del 6% de crecimiento propuesta por la Estrategia Internacional de Desarrollo de Naciones Unidas como el mínimo aceptable para comenzar a quebrar el subdesarrollo, en tanto que 14 no lo hicieron y hubo países que en 1978 tuvieron el mismo producto y aun inferior que en 1970.

Argentina, Brasil y México concentran casi 3/4 de las exportaciones latinoamericanas de manufacturas y el 90% de la producción de bienes de capital.

El desarrollo de las desigualdades se expresa secamente en términos

⁶ CEPAL, *América Latina en el umbral de los años '80*, p. 55.

estadísticos no sólo entre los países considerados grandes y con mayor avance en la industrialización y los considerados medianos y pequeños, sino entre los grandes. Entre 1950 y 1978, el Brasil incrementó su participación en el producto industrial regional de 23% a 39%, en tanto la Argentina descendió de 31% a 18%. Algunos con cierta industrialización histórica descendieron apreciablemente como Chile de 7% a 3% y Uruguay de 3.5% a 1.3%.

Existe desigualdad ya crónica entre la industria y la agricultura, así como entre el conjunto de la economía y los sectores sociales. Y dentro de la misma industria que permite a algunos hacer elogios de su dinamismo, se observa, según la CEPAL que:

Por otra parte, se aprecian en general marcados desequilibrios en el desarrollo de los distintos sectores manufactureros; las actividades productoras de bienes intermedios y especialmente de capital muestran un notable retraso con respecto al resto de las actividades manufactureras, conformando un desarrollo industrial disparejo.⁷

Crecimiento económico dependiente

Sería ingenuo descubrir ahora que la evolución del capitalismo en América Latina ha tenido lugar por medio de una madeja de relaciones de dependencia. Los estudiosos de la dependencia han puesto eso de relieve en muchas interesantes contribuciones, mostrando a un tiempo la *necesidad* de un desarrollo dependiente —que tiende a serlo cada vez más— en tanto el marco de análisis se refiere a las relaciones *países imperialistas-países subdesarrollados* y la *falsedad* de un desarrollo así, aunque como señara Fernando Henrique Cardoso en reciente trabajo,

tal vez el talón de Aquiles de las teorías de la dependencia pueda resumirse en la siguiente interrogante: ¿por intermedio de qué agente histórico será posible superar la dependencia?⁸

No obstante, aquí de lo que se trata es de recordar la condición dependiente —generalmente admitida— de la evolución económica

⁷ CEPAL, *op. cit.*, p. 54.

⁸ Fernando Henrique Cardoso, *El desarrollo en el banquillo*, ILET, 1979, p. 35.

regional e ilustrarla con algunas informaciones que probablemente sean sólo la parte visible de un iceberg. En efecto, la CEPAL da cuenta⁹ que en 1973 las empresas trasnacionales realizaron el 42% de las exportaciones manufactureras argentinas. En Brasil las trasnacionales exportaron en 1976 el 71% del material eléctrico, el 94.7% del material de transporte y el 100% de los productos farmacéuticos.

El producto manufacturero generado por trasnacionales con casas matrices en Estados Unidos era en 1975 el 11.2% del producto manufacturero total de 19 países latinoamericanos y su tendencia en creciente, pues en 1966 era del 9%. Aunque significativos, esos porcentajes no expresan sino parcialmente la influencia decisiva que las trasnacionales ejercen sobre la orientación y el desarrollo del sector industrial manufacturero en virtud de su superioridad tecnológica, financiera, de gestión, etcétera.

Un ejemplo más acerca de Brasil, es que según muestra de más de 2 700 empresas manufactureras, las trasnacionales poseían en 1977 el 26.2% del patrimonio líquido total, su participación en las ramas mecánicas ascendía al 51.4% y en la industria de material eléctrico al 68.1%.

Algunas realidades sociales vinculadas al crecimiento económico

Si bien en materia de crecimiento se hace posible el debate, dado que junto a la inestabilidad, la desigualdad y la dependencia existen un crecimiento, una cierta infraestructura y un grado de industrialización insuficientes pero reales, actuantes, en el terreno de los efectos sociales al capitalismo latinoamericano le resulta muy difícil encontrar defensores.

La industrialización lograda (renglón estelar en el haber del capitalismo latinoamericano), con su desigual implantación entre países, su impacto sobre las relaciones campo-ciudad y sobre la estructura de clases, ha tenido como efectos de mayor hondura la afirmación y extensión de las relaciones capitalistas, la consolidación de un poder burgués formado por una oligarquía monopolista que utiliza los instrumentos que le permite el capitalismo monopolista de Estado en estrecha asociación de dependencia con intereses monopolistas trasnacionales y la nueva inserción de la economía latinoamericana en la

⁹ CEPAL, *op. cit.*, pp. 61 ss.

división internacional capitalista del trabajo (redespliegue) en forma de imagen de nuevo cuño de una vieja relación básica entre países imperialistas y subdesarrollados mediante la función de enlace entre ambos polos que hace el capital imperialista exportado.

Pero, si descontamos a los que predicán un salto atrás histórico para retornar a la aldea comunal o los que desde la opulencia condenan éticamente a la opulencia y la tecnología como si ésta tuviera una capacidad de determinismo por encima de las formaciones sociales, la mayoría de los investigadores concuerdan en que la industrialización (aún incompleta y frágil) ha recorrido un camino histórico que era necesario recorrer en tanto desarrollo de las fuerzas productivas, ha creado una clase obrera industrial de incalculable potencial político y ha trazado una modernización que substituyó los modos anteriores de enfocar la problemática de las transformaciones revolucionarias a partir del binomio imperialismo-latifundio.

En lo social, sin embargo, las realidades son tan escandalosas que obligan a practicar un permanente ejercicio de negar en la práctica las repetidas declaraciones a niveles nacional e internacionales. En efecto, desde hace ya varios años se producen declaraciones como ésta:

El desarrollo debe ser concebido como un proceso integral caracterizado por la consecución de metas económicas y sociales que aseguren la participación efectiva de la población en el proceso de desarrollo y en sus beneficios, para lo cual se hace necesario realizar cambios estructurales profundos en dicho ámbito como prerrequisito para el proceso de desarrollo integral a que se aspira.¹⁰

Las estructuras tradicionales, en la medida que oponen obstáculos al cambio, dificultan el progreso social y el desarrollo económico. En esas condiciones, es necesario desplegar esfuerzos aún más intensos para operar los cambios cualitativos y estructurales [...] que son indispensables para crear los fundamentos que permitirán la consecución de sus metas socioeconómicas.¹¹

Pero, apoyándonos de nuevo en las estadísticas de CEPAL, aparece con claridad que las «estructuras tradicionales» que deben ser liquidadas y que realmente oponen obstáculos al progreso social y al de-

¹⁰ CEPAL, *Evolución de la ciudad de La Paz*, E/CEPAL/1083/Rev. I/1979, p. 211.

¹¹ *Tercera Evaluación Regional de la EID*, Guatemala, 1977.

sarrollo económico no son precisamente las que se expresan en el deterioro de la relación de intercambio o en las duras condiciones del financiamiento externo, sino en las estructuras subyacentes que determinan esos fenómenos de carácter más superficial, esto es, el planteamiento del desarrollo y de las relaciones con los países imperialistas a partir del dominio de las relaciones capitalistas y el poder político de las oligarquías monopolistas.

Así, en Brasil, «el decil más alto» concentra casi el 59% del ingreso, mientras que sólo un 5.6% corresponde al 40% de hogares de menores ingresos. Esto significa en buenas palabras que el ingreso promedio de ese democrático decil es 43 veces mayor que el ingreso del 40% más pobre.¹² Una buena muestra del milagroso modelo a que puede conducir el proceso de fascistización.

Pero, en Honduras, como lo es también en el Perú, la distancia entre la cúspide y la base es de 32 veces, en Colombia 31 veces y así sucesivamente hasta los casos más benévolos que oscilan entre 13 y 15 veces.

Esta estructura del ingreso —expresión distributiva de relaciones que se afirman en la esfera productiva y en torno a la posesión de los medios de producción— revela la opulencia despilfarradora e irracional de las burguesías y la succión que desde afuera y desde adentro hacia afuera hace el imperialismo.

En términos más concretos lo anterior significa que a principios de los años '70 un 40% de los hogares latinoamericanos se hallaba en situación de pobreza absoluta, determinada por la imposibilidad de adquirir la canasta mínima de bienes y servicios para satisfacer sus necesidades básicas y que casi la mitad de ellos vivía en condiciones de indigencia puesto que su ingreso no alcanzaba ni aun para adquirir sólo los alimentos que les proporcionarían una dieta mínima adecuada. En cifras resulta que hacia 1970 (año de expansión capitalista en América Latina y en los países de capitalismo desarrollado) existían cerca de 110 millones de pobres y de ellos unos 54 millones podían considerarse indigentes.¹³ En 1980, en plena crisis y acelerada inflación, resulta pasmoso pensar en su magnitud. Y aún más, si se tiene en cuenta que en el mismo estudio (p. 98) se expresa que en el decenio 1960-1970, considerado como de sostenido dinamismo en el crecimiento, los salarios reales se redujeron.

Quizás en ningún otro ámbito como en el empleo se muestre

¹² CEPAL, *América Latina en el umbral de los años '80*, op. cit., p. 72.

¹³ *Ibid.*, p. 85.

con tanta crudeza el haz de contradicciones del sistema capitalista que se sintetiza al nivel más general como contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción. Aquí resulta evidente cómo las relaciones capitalistas (en este caso el empleo entendido en relación directa o indirecta con la obtención de beneficios) lesionan y entorpecen el desarrollo de las fuerzas productivas. El desempleo expresa el más grave atentado a ese desenvolvimiento porque no se desarrolla, ni siquiera se usa el más importante elemento de las fuerzas productivas: la fuerza de trabajo de los trabajadores latinoamericanos.

Considera CEPAL que alrededor del 27% de la fuerza laboral está subutilizada, sea en forma abierta o encubierta, aunque la realidad supera las cifras oficiales y la capacidad del llamado sector informal para ocultar desempleo es grande.

Seguramente la educación —todavía uno de cada seis latinoamericanos es analfabeto—, la salud pública, la seguridad social y otros más portarían argumentos a la flagrante incapacidad del capitalismo latinoamericano (sin ser excepción en Asia-África) de desarrollar realmente un área subdesarrollada en esta época de su crisis general y de retrocesos en su enfrentamiento global con el socialismo, pero con lo expuesto sería suficiente para ilustrar ese hecho histórico, que por demás resulta evidente para muchos.

Estilos de desarrollo

Este balance de subdesarrollo e incapacidad para salir de tal situación, especialmente si se considera la creciente distancia con respecto a los países desarrollados, ¿se debe a un estilo de desarrollo perverso y equivocado del sistema capitalista o por el contrario es la consecuencia lógica del dominio de ese sistema?

Si el llamado estilo de desarrollo fuera equivalente al de sistema o más exactamente al de formación económico-social, se trataría no más que de nombrar en distintas formas el hecho esencial de la incapacidad del capitalismo para desarrollar la América Latina y su necesaria sustitución por otro sistema o estilos de desarrollo superior.

Pero, en la medida en que es posible precisar, parece que en la concepción sobre los estilos de desarrollo está implícita una diferencia de niveles, de manera que el estilo de desarrollo consistiría en la forma por la que “dentro de un determinado sistema se organizan y distribuyen los recursos humanos y materiales con el objetivo de resolver las interrogantes sobre qué, para quién y cómo producir los bienes y

servicios”.¹⁴ De este modo un sistema (capitalista u otro) podría adoptar diferentes estilos de desarrollo según la forma en que organice y distribuya sus recursos para atender aquellas interrogantes fundamentales. Significaría que para resolver cuestiones esenciales como son qué, para quién y cómo producir los bienes y servicios el capitalismo y especialmente el latinoamericano tendría respuestas diferentes, alternativas, una notable flexibilidad para plantearse el comportamiento esencial del sistema en una situación de cierta ambigüedad conceptual en la que se desconocen los límites de la determinación del estilo de desarrollo por el concepto más general de sistema. Hay que tener en cuenta que no se trata aquí de la flexibilidad capitalista para hacer *marketing* o para convertir los derechos humanos y las necesidades básicas en caricatura para la propaganda, sino del sustrato mismo del sistema, de las preguntas cuyas respuestas lo definen y le dan individualidad histórica.

Si el estilo de desarrollo responde a esas esenciales preguntas entonces resulta difícil de entender cómo el concepto de sistema lo abarca y lo determina. Queda siempre la interrogante acerca del grado de autonomía del estilo de desarrollo, los límites dentro de los que puede moverse y cambiar dentro del sistema sin que esos cambios impliquen la negación del sistema mismo.

Avanzando un poco más podría decirse que el sistema capitalista —o cualquier otro— tiene alternativas, flexibilidades mayores o menores en aquellos aspectos que no se refieran a su razón de ser histórica, a las relaciones sociales básicas que lo definen y singularizan.

A riesgo de recibir una crítica por extrapolar situaciones históricas, podría recordarse que el sistema esclavista conoció diversas modalidades que tal vez podrían llamarse estilos —incluyendo cosas como el alquiler de esclavos y el enmascaramiento de la esclavitud bajo formas de colonato—, pero nunca se permitió duda alguna acerca del qué, para quién y cómo producir bienes y servicios. La relación social básica esclavista-esclavo y su contenido, la apropiación del excedente creado por las masas esclavas imponía los límites últimos a las modalidades o variantes de funcionamiento del sistema. Y claro está, el sistema esclavista era inhumano, depredador y bestial en virtud de la lógica de una relación básica interna de explotación que lesionaba el desarrollo de las fuerzas productivas y que finalmente atentaba contra su elemento principal, el hombre un tanto trabajador y ser humano.

¹⁴ Aníbal Pinto, “Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina”, *Rev. de la CEPAL*, núm. 1, 1976, p. 104.

Esta verdad esencial se mantuvo a todo lo largo de la vigencia histórica del sistema, aun en las etapas finales cuando su decadencia llevó a adoptar estilos de funcionamiento más «humanitarios y benévolo».¹⁵

El sistema capitalista conoce fases diferentes en su desarrollo y políticas, formas de operación o estilos (pasando por alto el sabor voluntarista del término) correspondientes a ellas. Desde el liberalismo librecambista de la *Navy Act* hasta el proteccionismo imperialista de hoy. Desde el mercado de la «soberanía del consumidor» hasta el consumidor cautivo de los grandes conglomerados monopólicos. Desde el patrón oro y sus ajustes automáticos hasta la flotación, inflación y caos monetario actual. Desde el Estado-guardián del «dejar hacer» hasta el Estado que hace casi de todo correspondiente al capitalismo monopolista de Estado. Desde el parlamentarismo hasta el fascismo.

Todas han sido realidades de un sistema que no cesa de transformarse al embate de nuevas circunstancias históricas, pero todos sus estilos siempre han estado determinados y en función de la profundización y preservación de la relación social básica de explotación burguesía-proletariado y la plusvalía como meta y motor.

La internacionalización del capital, su transnacionalización y despliegue industrial son hoy componentes tan lógicos del estilo capitalista en la época de la crisis general del sistema, como la pobreza absoluta, el desempleo masivo, la dependencia y el antidesarrollo en su accionar en América Latina. En un caso se trata de formas o mecanismos posibilitados por avances tecnológicos contemporáneos, para prolongar su existencia, en el otro se trata de resultados periféricos que resultan necesarios para mantener los niveles de vida y de actividad económica en los centros.

Para el capitalismo el qué, para quién y cómo producir bienes y servicios tiene respuestas precisas desde que el pensamiento marxista las puso de relieve.

Se produce *lo que* sirva como vehículo portador o facilitador de beneficios, se produce *para que* la burguesía se enriquezca y reproduzca su dominio y se produce *en la forma que* permita un mínimo costo y una máxima ganancia. Los estilos pueden variar en el rango permitido por esas determinaciones fundamentales.

Reflexionando acerca de las posibilidades de un cambio de estilo en el capitalismo latinoamericano que abandone los rasgos negativos

¹⁵ Ver Manuel Moreno Fraginals, *El Ingenio*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.

tan persistentemente presentes hasta el momento y que resuelva los graves problemas regionales sin un cambio de sistema, necesariamente habría que preguntarse si la regresiva distribución del ingreso con su enorme base en las fronteras de la pobreza absoluta —cuando no en la indigencia— y su minúscula cúspide de opulencia puede ser seriamente transformada sin que sea precedido por una transformación profunda de aquellas relaciones de explotación que tienen su expresión en términos de poder político en el control del aparato estatal. Pero esa transformación profunda implica desbordar el sistema capitalista que no puede cambiar su estilo hasta el punto de renunciar a sus mismos fundamentos.

La eliminación de la pobreza absoluta, el desempleo masivo, el analfabetismo, la insalubridad y otras tantas lacras sociales no depende de un hipotético cambio de estilo, sino de la eliminación de unas relaciones sociales contradictorias y declinantes que ponen una sofocante camisa de fuerza a las fuerzas productivas, al avance tecnológico, al progreso social, a la conservación del medio ambiente, a los derechos humanos y hasta a la misma convivencia civilizada.

Sería aventurero decir que para el capitalismo latinoamericano todos los caminos están cerrados y que su vigencia histórica se ubica en los pronósticos no de largo plazo. Pero no sería exagerado decir, sin embargo, que los síntomas de su crisis general se dan a conocer con fuerza creciente en el continente. Con fuerza tal, que se asiste hoy a la puesta en práctica de los recursos extremos, de las posiciones más allá de las cuales no hay repliegue ni margen adicional de maniobra, al proceso de fascistización —cuya última manifestación sufre Bolivia— que provoca con su brutal represión —echados por la borda de los narcóticos parlamentarios— la polarización de fuerzas que encierra en su interior los estímulos mejores para la transformación revolucionaria que permita el cambio total de estilo.

SUMMARY: This work, present like a conference to the Development Theory Seminary of the Economic Research Institute give a panoramic vision of the more important economics and social results that have meaning for Latin America the dominate of the capitalist system.

SOMMAIRE: Cet travail, présenté comme rapport au Séminaire de Théorie du Développement de l'Institut de Recherches Économiques présente une vision panoramique des plus surpassants résultats économiques et sociaux qu'a signifiée pour l'Amérique Latine le demaine du système capitaliste.

On purpose of that, study the concept «development style», that with frequency is utilized in CEPAL publications, thinking about his reach in relation to the concepts of economic and social formation and production mode, then like the possibilities of the capitalist system for admit development styles that deny same base of the system.

À propos de cela, analyse le concept styles de développement qu'avec certaine fréquence paraît utilisé dans publications de la CEPAL, en méditant sur son signification et son atteinte avec relation aux concepts de formation économique social et façon de production, ainsi comme des possibilités du système capitaliste pour admettre styles de développement que refuse les bases mêmes du système.